

demás; pero ¿qué se ha de decir de un hombre que responde con cuarenta años de destierro, que le enseña á uno sus miembros ulcerados, y que, lejos de quejarse, aumenta su resignación á medida que aumenta su dolor? Así era como cerraba la boca á sus adversarios, como Port Royal y todos sus santos retrocedían delante de él, y como hacia huir á sus enemigos enseñándoles la ensangrentada cabeza de la penitencia. Quería que todos los pecadores muriesen con él; y así como los famosos capitanes, no contaba los muertos, que le había costado la victoria. Ya he hablado de su famoso tratado *De la santidad monástica*; en todos sus pensamientos, sacados de sus diferentes obras y recogidos por Marsollier, no se hallan más que repeticiones de la misma idea; siempre reproduce la misma dureza, pero la expresa admirablemente.

Al frente de un manuscrito de 206 páginas, de á 26 líneas cada una, traído de Alençon, á donde se llevó después de la destrucción de la Trapa, se halla la siguiente nota, escrita por un fraile: «Este libro está escrito del puño y letra de nuestro reverendo y muy santo P. Fray Armando Juan, nuestro reformador de la Trapa, que por nuestra desgracia, murió el mes pasado, á 31 de octubre de 1700, como había vivido.» Moreri cita el 26 de octubre, la *Gallia Christiana* el 27; una carta de Bossuet menciona el 29, y la nota arriba citada el 31 de octubre. En mi concepto, esta última forma autoridad; y lo mismo pensaba y escribía con fecha 3 de agosto de 1819 el bibliotecario de Alençon: el P. Le Nain dice formalmente que Rancé espiró el 27 del mes de octubre á las dos de la tarde, de edad de setenta y cinco años, después de haber pasado treinta y siete en la soledad. El manuscrito citado me parece obra compuesta por Rancé en su juventud, y contiene sus estudios sobre la Trinidad, es decir, investigaciones sobre lo que acerca de ella dijeron Platon, Justino y Clemente de Alejandría, sin olvidar los himnos de Orfeo; grandes investigaciones que no hacia Rancé en la Trapa, y que visiblemente son obra de su juventud. La letra del manuscrito inédito en que me voy ocupando es de un jóven; lo que contiene en griego es fácil de leer; casi todas las letras complicadas están reemplazadas con letras sencillas. Rancé observa que el símbolo de Nicea añadió al *Credo* la palabra *hijo*.

Rancé anhelaba la oscuridad; y un fraile, su compañero, que no firma, y que se engaña en el año, pues pone 1600, en lugar de 1700, es quien nos da noticia de su muerte, muerte que en el día á nadie interesa.

Rancé escribió un prodigioso número de cartas. Si se llegasen á imprimir algún día con sus obras, se vería que una sola idea dominó su vida entera; desgraciadamente no se tendrían las cartas que escribió antes de su conversión, y que mandó quemar en el momento de su toma de hábito: esta colección sería un objeto de estudio notable solo por la diferencia de los corresponsales á quienes se dirigió; pero nunca abandona su idea predominante. Las respuestas á aquellas cartas y las cartas que á él le escribían serían mas variadas y tocarían en todos los puntos de la vida. En las cartas de Rancé se echa de ver una soledad como aquella en que encerró su corazón.

Las colecciones epistolares, cuando son largas, presentan las vicisitudes de las edades; acaso no hay lectura mas seductora que las largas correspondencias de Voltaire, que ve pasar en derredor de sí un siglo casi entero.

Léase la primera carta, dirigida en 1715 á la marquesa de Mimeure, y el último billete escrito en 26 de mayo de 1778, cuatro días antes de la muerte del autor, al conde de Lally-Tollendal; reflexiónese sobre todo lo que pasó en este período de sesenta y tres años.....

El rey de Prusia, la emperatriz de Rusia, todas las

grandezas, todas las celebridades de la tierra reciben de rodillas, como un diploma de inmortalidad, algunas palabras del escritor que vió morir á Luis XIV, caer á Luis XV y reinár á Luis XVI, y que colocado entre el gran rey y el rey mártir, es él solo toda la historia de Francia de su tiempo.

Pero acaso una correspondencia privada entre dos personas que se han amado es todavía cosa mas triste, porque ya en ella no es á los *hombres*, sino al *hombre* á quien se ve.

Al principio las cartas son largas, vivas, frecuentes; el día no basta para escribirlas; continúanse después de puesto el sol y se trazan algunas palabras al tibio resplandor de la luna, encargando á su casta, silenciosa y discreta luz que cubra con su pudor mil deseos. Al alba se separaron los amantes, y al alba espían el primer crepúsculo para escribir lo que creen haberse olvidado de decir en horas enteras de delicias. Mil juramentos cubren el papel, en el que se reflejan las rosas de la aurora; mil besos sellan las palabras que parecen nacidas de la primera mirada del sol; no hay una idea, no hay una imagen, no hay una ilusión, no hay un accidente, no hay una zozobra que no tenga su parrafo.

Mashé aquí que una mañana se desliza una casi imperceptible sombra sobre la hermosura de aquella pasión, como la primera arruga sobre la frente de una mujer idolatrada. El aliento y el perfume del amor espiran en esas páginas de la juventud, como desfallece de noche una brisa sobre las flores; compréndese el desfallecimiento, pero nadie quiere ser primero en confesarlo. Se abrevian las cartas, disminuye su número, se llenan de noticias de descripciones, de cosas extrañas; algunas se han retrasado; pero ya esto causa menos inquietud; seguro de amar y de ser amado, la razón en el amante ha recobrado su imperio; ya es ociosa la queja, no hay mas remedio que someterse á la ausencia. Siguen empero adelante los juramentos; siempre se siguen empleando las mismas palabras, pero ya están muertas; les falta la vida; te *amo* no viene á ser ya mas que una frase hija de la costumbre, una fórmula obligada, el *quedá de v.l. afectísimo* de toda carta de amor. Poco á poco el estilo se va enfriando ó irritándose; ya no se aguarda con impaciencia el día del correo, antes bien se teme; escribir llega á ser una cansada tarea. Se avergüenza uno interiormente de las locuras que ha confiado al papel; quisiera poder recoger sus cartas y arrojarlas al fuego. ¿Qué ha sobrevenido? ¿Empieza por ventura un nuevo amor ó acaba un amor antiguo? No importa: el amor ha muerto antes que el objeto amado. Fuerza es reconocer que los sentimientos del hombre están expuestos al efecto de un trabajo oculto; una fiebre del tiempo que produce el hastío, que disipa la ilusión, que mina nuestras pasiones, que marchita nuestros amores y cambia nuestros corazones, como cambia nuestro cabello y nuestros años. Hay, sin embargo, una excepción á esta miseria inseparable de las cosas humanas; sucede á veces que en una alma robusta un amor dura bastante para transformarse en apasionada amistad, para llegar á ser un deber y para tomar las cualidades de la virtud; entonces pierde su desfallecimiento de naturaleza y vive de sus principios inmortales.

No separemos de las obras de Rancé las instrucciones de San Doroteo, traducidas del griego para las instrucciones de los padres de la Trapa. San Doroteo se convirtió á la vista de un cuadro, como Eneas halló los recuerdos de Troya en los palacios de Cartago. Representaba aquel cuadro los diversos tormentos de los pecadores en el infierno; de repente se apareció junto á Doroteo una señora de extraordinaria magestad y hermosura, le explicó el cuadro y desapareció: por aquí se ve cómo habían penetrado las memorias de Virgilio hasta en las imaginaciones del Oriente, dado

que no fuera el Oriente la cuna de aquellas memorias. Las instrucciones de San Doroteo sobre los juicios, sobre las acusaciones de sí mismo, sobre el recuerdo de las injurias y sobre las costumbres, están escritas en la traducción de Rancé con unción é interés. Un día segun una de esas historias, uno de sus hermanos fue á buscar al abad al desierto y le dijo: «Tened compasión de mí, padre mio, porque hurto y me como luego lo que he hurtado.—¿Y por qué? dijo San Doroteo; ¿es porque tenéis hambre?—Sí, padre mio, respondió; lo que dan en la mesa comun, no me basta.» Doblóse la ración del solitario y siempre seguía hurtando. Aquel pobre hermano sabía que el hurto es un pecado; lloraba su culpa, y sin embargo, se dejaba arrastrar por su apetito.

D'Andilly no habia dejado á Rancé que traducir mas que la historia de Doroteo, escrita en mal griego del siglo III, difícil de entender y de que no existía mas que una paráfrasis infiel. Yo he visto entre Jafa y Gaza el desierto que habitó Doroteo; no estaban ya allí las setenta palmeras ni las doce fuentes.

Una serie de repetidos padecimientos obligó por fin á Rancé á renunciar su abadía. Tanto abatia á todos la magestad de Luis XIV, que los mismos solitarios no podían prescindir de hacer oír aquel lenguaje de la lisonja usado en Versalles. No era cosa tan fácil como se cree hacer admitir la dimisión de un trapense; detrás de esta dimisión se reproducía la cuestión del *abad comendatario* ó del *abad regular*. La santidad inspiraba á Rancé una destreza singular tan luego como se renovaban algunas contestaciones; si el gefe de la Orden del Cister apelaba al papa, Rancé apelaba al rey. Luis XIV avocaba el negocio á su consejo, y sin dar la causa por ganada á una de las partes, restablecía el equilibrio. La corte se dividía tomando un vivo interés en aquellos altercados del claustro; un gran santo tenia tanto crédito como un gran señor; una gravedad comun hacia que la austeridad de la religion comunicase importancia á los negocios del mundo, y que los negocios del mundo diesen una vivacidad útil á los intereses de la religion.

Rancé habia consentido en encargarse de la dirección espiritual de la abadía de Clairéts, monasterio de mujeres dependiente de la Trapa, y que gobernaba Eugenia Francisca de Etampes de Valence, de una familia mas ilustre que la de aquella duquesa de Etampes, llamada la mas sabia de las hermosas y la mas hermosa de las sabias.

La visita de Rancé al monasterio de Clairéts se verificó el 16 de febrero de 1690; todavía se conservan, con el testimonio escrito de su visita, los discursos de apertura y de despedida. La abadesa hizo doblar la campana mayor de la abadía cuando se presentó Rancé en las inmediaciones, campana cuyo sonido se perdió como otros mil en bosques que ya no existen; no sé qué encanto se halla en aquellos acentos que anunciaban unos ecos, mudos por mucho tiempo, el paso de un hombre sobre la tierra. A la entrada de la iglesia, la abadesa se hincó de rodillas delante del padre. Habia dicho Rancé que la lectura del Viejo Testamento no convenia á las religiosas: «¿Para qué queréis,» decia, «que unas vírgenes obligadas á una perfecta castidad, lean el Cantar de los cantares, la historia de Susana, las de Judá, Tamar, Judit, Amon, la de la violencia hecha á la mujer del levita en Habaon, el Levítico, el libro de Rut?»

La palabra de Rancé, tan persuasiva como inflexible era su carácter, fue escuchada casi sin fruto en el monasterio de Clairéts; con su voz destruía el efecto que producía con su palabra: por eso se halla una carta muy desabrida que escribió á una religiosa de aquel monasterio: «Os confieso que me ha sorprendido veros en disposiciones y pensamientos que yo estaba muy distante de suponerlos; porque en fin, ¿qué mas podría hacer Dios para asegurarnos con-

tra el temor de la muerte; que llamáros á un estado que debe inspiraros aversión y desprecio á la vida?»

Nacido para el mundo, el abad se separaba de él por medio de la penitencia; pero en medio de todos aquellos dolores mujerieles, no advertía que intentando hacer volver á la humanidad á los rigores del Oriente, se engañaba de siglo y de clima:—que no tenia cuervos para alimentar á sus anacoretas, palmeras para coronar sus cabezas, ni leones para cavar la huesa de las Tais. Su moral caía en esos errores de nuestra poesía que no habla mas que de la crueldad de los tigres en bosques donde no vemos mas que cabritillos.

Rancé volvió á la Trapa en medio de una tempestad; los truenos acompañaban magestuosamente los trémulos pasos de aquel anciano. Ya habian pasado los buenos tiempos del cristianismo; cree uno oír cerrarse las puertas de un templo abandonado.

La abadesa de una célebre abadía de París, que habia leído la obra *De la santidad y de los deberes de la vida monástica*, no quiso consentir que volviese á introducirse la música en su convento, y sobre ello escribió á Rancé, que le respondió: «La música no conviene á una regla tan santa y pura como la vuestra; ¿es posible que vuestras hermanas sean tan ciegas y tengan los ojos tan cerrados, que no echen de ver que introducirían un abuso á que deben tener ventera aversión?»

Rancé opinaba como los magistrados de Esparta, que multaron á Terpandro por haber añadido dos cuerdas á su lira. Las monjas persistieron; el mundo se rie de estas discordias que estuvieron á punto de echar por tierra una gran comunidad. El cielo puso fin á estas divisiones, como nos dice Virgilio que se apacigua el combate de las abejas; un poco de polvo tirado al aire hizo cesar la lid. Ocurrió que las religiosas que querían cantar se constiparon; y en esto reconocieron que la mano de Dios pesaba sobre ellas. Por lo demás, Rancé tenia razón; la música ocupa un término medio entre la naturaleza material y la naturaleza intelectual; puede despojar al amor de su corteza terrestre, ó dar cuerpo al ángel; segun las disposiciones del que las escucha, sus melodías son pensamientos ó caricias.

Varias medallas y retratos del abad de Rancé que llegaron á difundirse, dieron ocasion á nuevas calumnias; tratósele de soberbio, y de que deseaba eternizar su memoria. Hicieron circular otras medallas que llevaban en una cara estas palabras: *Restaurator monachorum*; y en la otra, un fraile mal hecho con este lema: *Labor improbus*.

El P. Lami, uno de los comensales de la Trapa, era semi-filósofo; difería de la opinión de Rancé en muchos puntos; pasaba por ser el hombre de su Orden que escribía mejor en francés, y habia explayado con claridad las ideas de Descartes. Con ocasion de los *Estudios monásticos*, tuvo una discusión con Rancé delante de Mad. de Guisa, y Mabillon dice que Laní venció á Rancé (1). Una órden de Luis XIV impuso silencio á los partidos.

Si hay libelos impresos contra Rancé, otros hay que han quedado manuscritos, en particular una disertación sobre *las humillaciones*, por el presbítero Leroy; hállase en la biblioteca de Santa Genoveva. El abad de Rancé respondía: «Sabeis cuántas veces me han supuesto muerto: han visto que no dejaba de vivir, y ahora dicen que la vida del espíritu ha muerto en mí; que verdaderamente tengo un alma, pero que ya no raciocino.» Cuando le instaban á mitigar el rigor de la disciplina de la Trapa, respondía con estas cuatro palabras de los Macabeos: «*Moriámur in simplicitate nostra.*» Aconsejábanle que escribiese los deberes del cristiano, como habia escri-

(1) Tomo 1.º de las obras póstumas de Mabillon.

to los deberes de la vida monástica; y en efecto, compuso sobre este tema algunas páginas, pero se detuvo diciendo: «No me quedan mas que algunos días de vida, y el mejor uso que de ellos puedo hacer es pasarlos en el silencio.»

Treinta y cuatro años habitó Rancé en el desierto, y en ellos nada fue, nada quiso ser, y ni un momento siquiera relajó el rigor del castigo que se imponía. A pesar de esto, pudo despojarse enteramente de su naturaleza? ¿no se le veía á cada instante tal cual le hizo Dios? Su firme resolución contra sus debilidades constituyó su grandeza; de todas sus debilidades castigadas, se compuso un haz de virtudes. San Bernardo construyó su edificio sobre el cimiento de una grande inocencia; Rancé sobre las ruinas de su inocencia perdida, pero reparada.

El reumatismo que primeramente le atacó la mano izquierda, se le pasó luego á la derecha, en la cual operó el cirujano de Mad. de Guisa: aquella mano le quedó inútil y contrahecha. Tenía el enfermo suma repugnancia á todo alimento; afligido de una tos insostenible, de un continuo insomnio, de crueles dolores de muelas, y de hinchazones en los pies, se vió reducido por espacio de seis años á pasar sus días en la enfermería en una silla, sin mudar casi nunca de postura. Como le instase un día un hermano lego á tomar un poco de alimento, díjole Rancé sonriéndose: «Aquí está mi perseguidor.» No empleaba á sus hermanos, que tenían á gran dicha el servirle, sino con suma discrecion; resistía la sed por no atreverse á pedirles de beber, temeroso de cansarlos. Cuando le daban algo, al instante manifestaba su gratitud descubriéndose é inclinando la cabeza: padecía agudos dolores que solo se revelaban á despecho del enfermo por algunas alteraciones en su semblante. Había hecho poner en frente de su silla, en la enfermería, estas palabras del profeta: «Señor, olvidad mis ignorancias y los pecados de mi juventud.» Durante aquella perpétua agonía, compuso su libro titulado *Reflexiones sobre los cuatro evangelistas.*

No siempre encontró Rancé adversarios como Mabilion; mas ignorantes los tuvo, y por consiguiente mas presuntuosos. Presentáronle una mañana una sátira contra su persona; leyóla, alabó lo bueno que halló en ella, y dijo: «Excelente preparacion es esta para la misa.» Iba al altar.

En los trastornos de la vida, conservaba la paz del ánimo: en sus viajes se apartaba lo mas que podía de los caminos reales, y seguía senderos por en medio de los trigos, con los ojos fijos en el sol próximo á ponerse entre las mieses. Si por casualidad encontraba alguna tartana, pedía licencia para subir en ella diciendo: «Yo debería conducir ese carro mas bien que ese rústico, porque, aunque pobre, es un hombre de bien, y yo soy como siempre el mas desventurado de todos los pecadores.» Notició á sus hermanos los males que amenazaban á la casa; y en el día aniversario de su profesion de abad, varios monges reunidos en capitulo hicieron de rodillas esta protesta: «Protestamos conservar nuestra santa regla en toda su entereza.» Rancé renunció de nuevo al mundo, para no ocuparse mas que de los años eternos.

Al mismo tiempo escribieron los solitarios al papa: «Hace muchos años, santísimo padre, que disfrutamos de un grande y precioso tesoro en la persona de nuestro padre abad; pero va á sernos arrebatado si vuestra santidad no se da prisa á socorrernos. Camina á la muerte con alegría; nada quiere tomar de lo que podría reparar sus fuerzas, y canta con el Apóstol: Si la casa de barro que habitamos llega á desmoronarse, Dios nos dará en el cielo una morada que durará eternamente. ¡Ojalá nos sobreviva y nos cierre los ojos!»

El cardenal Cibo respondió en nombre del papa, que Su Santidad mandaba que el abad de la Trapa

suspendiese unas austeridades que comprometían su vida.

El 2 de noviembre del año 1694, escribía Rancé al presbítero Nicaise: «Mr. Arnauld ha muerto despues de haber adelantado su carrera cuanto le ha sido posible, pero era preciso que terminara: así han acabado muchas cuestiones. La erudicion de Mr. Arnauld y su autoridad, eran de gran peso para el partido feliz que no tiene otro mas que el de Jesucristo; que poniendo aparte todo lo que pudiera separarlo ó distraerlo de él ni siquiera por un momento, se ase á él con tanta firmeza, que nada es capaz de desasirle.» Una vez conocido este pasaje de la carta de Rancé, tan diferente de lo que escribió á Mr. de Brancas acerca de Arnauld, renacieron todas las animosidades; el mismo Rancé se asombró del ruido que metían estas cuatro líneas. En medio de aquella agitacion, escribió de nuevo el 27 de enero de 1695, al presbítero Nicaise: «He recibido hace dos días una carta de mas de veinte páginas de vuestro buen amigo el P. Quesnel, llena de una dureza y de una vivacidad incomprensibles: en ella quiere probarme que he infamado el nombre de Mr. Arnauld; que le he dado una puñalada despues de muerto; que he hecho, en cuanto ha estado en mi poder, una herida mortal á su memoria, y otra infinidad de cosas á cual mas violentas. Nunca he oido hablar de suposicion tan extraordinaria. Aun cuando hubiera escrito un volumen contra la vida, la conducta y las opiniones de Mr. Arnauld, aun cuando para esto me hubiese servido de las expresiones mas injuriosas, no me trataría de otro modo: me pide retractaciones y declaraciones públicas, como si por mi propia autoridad hubiera expulsado del gremio de la Iglesia á Mr. Arnauld despues de su muerte; añade que la Francia entera aguarda una reparacion de mi parte, y si yo hubiera prendido fuego á Port-Royal ó le hubiera arrasado, no me diría mas.»

Rancé tenía razon, no había prendido fuego á Port-Royal. En cuanto á la conveniencia de sus provisiones, era una conveniencia que se dan fácilmente los hombres acostumbrados á servirse de la pluma. Por lo que respecta al grande Arnauld, cuyas obras ya no se leen, hay que advertir que los últimos años de su vida habían debilitado la gravedad que le servía de escudo. Escondido en el palacio (hotel) de Longueville, disfrazado con una casaca gris, el espadín á la cintura, y con un pelucon, el viejo jansenista vivía en una bohardilla á expensas de la aventurera de la Fronde, y cometía mil imprudencias. Madama de Longueville decía que hubiera preferido confiar sus secretos á un libertino. Cuando se disfruta de una reputacion imponente, es preciso evitar los disfraces pocos decorosos.

Por lo demás, las virtudes de Rancé desarmaban á todos sus enemigos. El mismo P. Quesnel, retractándose de lo manifestado en la altanera carta que había escrito al abad de la Trapa, decía: «No solo porque ha mas de treinta años que hago profesion de honrarlo, sino tambien principalmente porque se debe respeto al espíritu de Dios que reina en sus siervos, y porque ademas es obligacion de todos no contristar ni perjudicar á esos hombres disminuyendo la reputacion de los obreros que el Señor se ha dignado emplear, me es lícito no ser siempre de su sentir, y no aprobar todos sus actos, pero nunca debo dispensarme de tratarlos con respeto.»

Continuaban las punzadas contra Rancé de cerca y de lejos, y decía: *Ego sum vermis et non homo.* En la coleccion de canciones (1) se leen coplas contra él.

(1) Coleccion de canciones, tomo VII, pág. 277, en 1629; versos sobre Armando Juan Le Bouthiller de Rancé, abad regular de Ntra. Sra. de la Casa de Dios de la Trapa, de la Estrecha Observancia del Cister.

Un testigo, amigo de Rancé, el P. Le Nain, nos describe en estos términos sus trabajos y las inquietudes de su monasterio:

«¿Quién hubiera podido creerlo, dice, á no haberlo visto con sus propios ojos? Este hombre, que parecía no vivir mas que de padecimientos y de penas, como si hubiera tenido un cuerpo de diamante y de todo punto insensible, ó mas bien como si hubiera sido un espíritu puro, estaba siempre en accion desde por la mañana hasta por la noche: escribe, dicta cartas, compone sus obras, estudia, escucha á sus religiosos, responde á todas sus dificultades, dirige á ochenta personas que componen su comunidad, así novicios como profesos; dispone todo lo que le concierne, tanto para el interior de la casa como para sus necesidades exteriores; unas veces va á la enfermería, de la enfermería á los huéspedes, de los huéspedes al claustro, y del claustro á sus hermanos; ya visita las celdas, para ver si todos se ocupan, ya baja al coro para examinar con qué devocion se celebran los divinos oficios, y ya vuelve á su celda donde le aguarda algun hermano. Mas tambien acontece con frecuencia que vuelve á ella tan sumamente cansado que no puede tenerse en pié, y no bien ha llegado cuando le obliga á salir de nuevo la visita de algun huésped; ni siquiera durante el tiempo destinado al descanso da tregua á sus ocupaciones. Vésele entre matines y prima, dar una vuelta por el monasterio, ó ir al patio de los hermanos legos, ó recorrer el dormitorio para ver si todos están acostados, porque dice que no es menor falta contra la regla no retirarse á descansar al toque de retiro, que no levantarse apenas se oye la campana de llamada.»

A estas fatigas del cuerpo añadía Rancé las del espíritu, resistiendo en su alma todas las penas y todas las tentaciones de sus hijos, sus flaquezas y sus miserias; y como otro San Pablo, haciéndose todo para todos, los llevaba en sus entrañas; estaba triste con los tristes, enfermo con los enfermos, y cargaba por el puro efecto de su caridad con todos sus males corporales y espirituales.

Hacíanle presente sus amigos que se tomaba demasiado afán por un monasterio que no subsistiría, á lo cual contestaba: «La Trapa tendrá la duracion que debe tener segun disponga la Providencia. Si se hubiera tomado por norma de conducta en las antiguas edades la consideracion de que no hay cosa que no deba ser alterada por el tiempo, nada se hubiera hecho, y el campo de Jesucristo sería un desierto estéril, privado de todas esas grandes obras que constituyen su ornato y su hermosura: Dios se burla de la diligencia de los hombres que se toman tanto afán por conservar su vida en la víspera de su muerte.»

El siervo de Dios estuvo expuesto á las pruebas de que nos hablan las historias de aquellos tiempos, historias que se hallan repetidas en todos los monasterios y que muchas veces había recordado Rancé en las vidas particulares de algunos de sus religiosos. Un jóven energúmeno había declarado que sitiaban á la Trapa legiones de demonios. Creíase que no había soledad vacía, que se habitaba en medio de un mundo de espíritus, pero estos espíritus tenían un domicilio en los claustros; lo maravilloso acababa de engrandecer la poesía. Rancé oía rumores ásperos y penetrantes; sus frailes le referían que experimentaban por la noche sacudimientos de una fuerza extraña. Oíanse en los dormitorios horribles rumores, como de personas que peleaban entre sí; oíase llamar á las puertas de las celdas, ó bien parecía que un hombre andaba solo á pasos agigantados; una mano de hierro pasaba y volvía á pasar sobre la cabecera de las camas. ¿Eran estos fenómenos aquellos recuerdos, que bajo otras formas, se hallan en las elegias de Tibulo?

*Quam juvat immites ventos audire cubantem.*

¿Debemos atribuir aquellos efectos á las tempestades de la noche en las desolaciones de la Trapa, ó á las ilusiones de la astrología de que acusaba á Rancé el P. Le Nain? ¿Eran por ventura obra de aquella mujer que el padre de la Trapa había visto en Verets en medio de las llamas, ó era, en fin, el mugido de las olas del tiempo al estrellarse contra las riberas de la eternidad? Rancé se preparaba á exorcizar la casa, pero á fines del año 1683 cesaron aquellos rumores. En aquellos tiempos, los hombres que habían amado no creían que estuviesen desiertas las sepulturas.

De ningun modo impedían á Rancé los cuidados interiores de la comunidad ocuparse en lo que pasaba fuera, y así tomó mucha parte en la muerte de la princesa palatina, ocurrida en el mes de julio de 1685. Ana de Gonzaga de Cleves había consultado varias veces á Rancé sobre escrúpulos de conciencia. Su nombre recordaba una lindísima obra de Mad. de La Fayette, y para Ana de Gonzaga compuso Bossuet una de sus mas bellas oraciones fúnebres. Despues de haberse empapado en las ideas de su siglo, ideas que se alejaban del tiempo en que vivía, la princesa palatina había empezado por las ideas cartesianas; de aquí había pasado á no creer nada, y dando luego la vuelta completa, llegó por su propio pié á la religion, como muchos incrédulos ó libertinos de aquella época. Durante su residencia en Francia había visto la Fronde, que, segun Bossuet, era un doloroso parto de la Francia para dar á luz el milagroso reinado de Luis XIV.

«¿Y qué habían visto, exclama el grande orador, recordando la filosofía de la princesa palatina, qué habían visto aquellos raros ingenios de mas que los otros? Nada vieron, nada se les alcanza, y ni siquiera trataron de establecer la nada á que aspiraban para despues de esta vida?»

Bossuet refiere lo que la misma princesa palatina le contó á él. «Una noche, le dijo, en que creía ir sola por un bosque, me encontré con un ciego en una casita y le pregunté si era ciego de nacimiento, ó si había quedado tal por accidente, á lo que me respondió que había nacido ciego. ¿Luego no sabeis, me dije, qué cosa es la luz, que es tan hermosa y tan agradable?—No, me respondió; sin embargo no dejo de creer que es cosa hermosísima. Entonces me pareció que aquel ciego mudó repentinamente de voz, y hablándome con autoridad, me dijo:—Eso debe enseñaros que hay cosas excelentes aunque no podamos comprenderlas.»

Bossuet en su oracion fúnebre, habla de su amigo Rancé: «Un santo abad cuya doctrina y vida son un ornamento de nuestro siglo, prendado de una conversion tan admirable y perfecta como la de nuestra princesa, le mandó que la escribiese para edificacion de la Iglesia: la princesa dió principio á esta narracion confesando su error: vos, Señor, cuya infinita bondad no ha dado á los hombres nada mas eficaz para borrar sus pecados que la gracia de reconocerlos, recibid la humilde confesion de vuestra sierva.»

Ana de Gonzaga era una de aquellas mortales cuya hermosura había rondado por los bosques de la Trapa: inspiró á Enrique de Guisa, arzobispo de Reims, una pasion correspondida: mezclóse, dice Mad. de Monteville, á casi todo lo que se hizo entonces, y sostuvo al cardenal de Mazarino, que no se lo agradeció mucho: se conserva una carta suya inserta entre las de Bussy-Rabutin: desgraciadamente se han perdido las otras cartas que escribió á la mariscal de Guebriand, y el tratado sobre el *Arte de juzgar de la verdad de los sentimientos*. Las damas filosóficas de aquel siglo, que poco á poco fueron declinando hácia el materialismo, empezaron por ser cartesianas y caminaban al seno de Dios, sometidos los pensamientos hácia la razon, en vez de entregárselos como flores. Ana de Gonzaga no era insensible al dinero; recibió